

AYTO. DE VÍCAR (Almería)
Centro Municipal de Información a la Mujer
REGISTRO DE ENTRADA
Núm.: 1
Fecha: 22
.....

TÍTULO:

“EL ÚLTIMO TREN DE LA TARDE”

SEUDÓNIMO:

“ZULEMA”

MODALIDAD:

“RELATO CORTO”

El Hombre tira de las dos cuerdas con las que lleva atadas a sendas cabras y se dirige, siguiendo la vía del tren, hasta la rampa de madera que comunica con uno de los vagones de mercancías. Viste camisa clara, sin cuello, bajo un chaleco oscuro, pantalones holgados y sandalias de cuero. Lleva sobre los hombros unas alforjas de color rojo. En la mano que no tira de las cuerdas, porta una maleta desvencijada de cuero negro, con cantoneras de latón dorado en las esquinas. Ostenta una cabellera greñuda y ensortijada, luengas barbas azabache y piel bruna. La mezcla de sol y esfuerzo no han tardado en arrancarle gotas de sudor, que brillan sobre su frente. A base de tirones, ha conseguido situar a las cabras en la base de la rampa. Luego deposita la maleta en el suelo, se sube a la madera inclinada y tira con las dos manos de las cuerdas, que se tensan ante la obstinación de los animales en permanecer en tierra firme. Tras varios forcejeos, el Hombre desiste, mete una mano en uno de los bolsillos de la alforja y saca un puñado de granos de maíz, que desparrama, a continuación, sobre la rampa. Las cabras avanzan un tramo en pos de la comida. El Hombre esparce un nuevo reguero de granos hasta alcanzar el suelo de madera del vagón. Las cabras, voraces, lo siguen sin oponer resistencia. Finalmente, el Hombre amarra ambas cuerdas a una argolla de hierro que pende de una de las paredes del vagón, esparce un nuevo montón de granos de maíz en una de las esquinas del compartimento y, tras bajar la rampa, recoge su maleta y entra en la cantina de la estación. Pide un té frío, paga con una moneda que saca de uno de los bolsillos del chaleco, se acerca hasta una de las ventanas del local, deposita las alforjas sobre la maleta, se sienta a una mesa y observa el andén. Mientras su mirada se

enreda en el vaivén de la gente que viene y va por la estación, se lleva una mano al pecho y palpa la cartera que guarda en la camisa. El carretero que los ha traído desde el pueblo hasta la ciudad le ha cobrado una buena pasta. Es por las cabras, le había dicho. A la vuelta ya no tendrá cabras, así que harán el viaje andando. Sólo hay tres horas de camino hasta el pueblo. Además, con la Niña a su lado, ay, quién sabe. Este pensamiento le hace tragar saliva, y siente una dureza en la entrepierna. Un esbozo de sonrisa se abre paso en medio de la maraña de su barba. La mano que prende el té, tiembla en el aire.

El Muchacho que ama a la Niña, sentado sobre una piedra a la sombra de un sicomoro, a cubierto del sofocante sol, saca punta a un palo con una navaja. Lo hace compulsivamente, de una forma mecánica, como si sus manos estuviesen en un asunto y su pensamiento en otro. Por momentos, levanta la cabeza y otea el rebaño de cabras que triscan entre los cardos secos. El cabritillo sin madre que él cría a base de biberones, blanca y negra la piel, le empuja la rodilla con su hocico. El Muchacho deja el palo y la navaja en el suelo, se levanta, alza una mano, prende una rama, la dobla y, con la mano libre, coge dos higos que regala al cabrito albinegro. El animal come de la mano del Muchacho y luego sale de la geometría de sombra del sicomoro y se une al rebaño. El Muchacho mira hacia el cielo con una mano horizontal sobre sus cejas. Calcula la hora que debe ser por la posición del sol y luego prende de nuevo el palo y la navaja y vuelve a sacar lascas de fina madera, que caen al suelo como pétalos fosilizados. Su mente lo lleva hasta la Niña junto al pozo comunal, lo lleva hasta los ojos de su amor, hasta las negras pupilas que se

encienden cuando se percatan de la presencia del ganado a unos metros del pozo, junto al abrevadero donde beberá el ganado cuando las mujeres terminen de llenar sus barreños. Los dientes de la Niña son un gajo de luna que apenas centellea entre sus labios, temerosa de mostrar ante las demás mujeres el regocijo que la habita por la súbita aparición del Muchacho.

De golpe, el Muchacho detiene el constante movimiento de la navaja. Sus ojos se han ensombrecido, como si los cruzasen una bandada de estorninos. A continuación, dibuja unos trazos sobre la tierra y clava el palo en el dibujo, no una, sino hasta siete veces. Cuando acaba de golpear la tierra, la punta del palo se ha tornado roma y el rostro de la Niña ha perdido su perfil preciso, su radiante fulgor. Al cabo de un tiempo, cuando la sombra del sicomoro alcance el tamaño de su fronda, el Muchacho llevará el ganado hasta el aprisco acordonado por punzantes ramas de acacias y espino y se acercará hasta la estación del ferrocarril. Y allí, confundido entre el gentío, observará los vagones de mercancías y esperará pacientemente a que alguien haga bajar dos cabras de uno de los coches de madera, alguien a quien no conoce y que porta unas alforjas rojas sobre los hombros y que arrastra una maleta desvencijada de cuero negro con cantoneras de latón dorado. Y, entonces, sabrá que debe tomar al asalto el próximo tren que se detenga en la estación y que circule en sentido contrario, un tren que desande el camino en que ha llegado el Hombre de las barbas azabache y el pelo ensortijado, un tren que le permita ganar el tiempo que necesita para escudriñar los senderos, las pistas de tierra y luna donde acechan, emboscados, anónimos salteadores, ladrones desconocidos, los caminos que conducen al éxito de su empresa, a la cruel encrucijada de su determinación.

La Niña implora a la Madre para que interceda ante el Padre. Lloro desconsoladamente, jura y perjura que se escapará a la menor oportunidad, que nunca más la volverán a ver. La Madre le dice que la decisión está tomada. Que Padre ha empeñado su palabra, y la palabra del Padre es irrevocable. Que todos saldrán ganando con el contrato: ella la primera, pues tendrá hijos que la cuidarán en la vejez y traerán riqueza a su casa. Que no debe hacerle ascos al Hombre, pues todos los hombres son iguales. Que lo mismo da uno que otro. Que el amor no existe, solo el trabajo y el sufrimiento son verdades que nunca cambian. Que el amor es una ilusión. La Niña le argumenta que conoce las letras, que en la escuela es la primera, que quiere ser maestra cuando sea mayor, que otra vida posible existe ahí afuera para las mujeres, que su profesora le ha dicho... Pero el padre se ha cansado de la retahíla de la Niña, y le ha propinado una bofetada en el rostro que la ha hecho tambalearse, y la Niña, entonces, ha sentido deseos de salir huyendo y correr al encuentro del Muchacho que la ama, pero sabe que debe refrenar su impulso, que los dioses, tarde o temprano, le habrán de ser propicios, pues ella aspira a una vida verdadera, y la Verdad, lo dicen Buda y Confucio, siempre reluce, siempre se impone a la falsedad y la impostura.

Pasado el mediodía, el Hombre de la alforja bermeja, sudando a chorros, tira, exhausto, de las dos cabras por un camino polvoriento. De vez en vez, se sienta sobre la maleta de cuero. De un bolsillo del pantalón saca un pañuelo percutido y se enjuga el rostro. Hace rato que dejó atrás la estación de

ferrocarril, donde le han indicado que la casa que busca dista una hora a pie, hacia el oriente. Un nuevo carretero es un dispendio inadmisibile para tan corto trayecto, de modo que el Hombre se jura a sí mismo que se resarcirá en el cuerpo de la Niña de los gastos del viaje, y este pensamiento vuelve a inflamar la lascivia del Hombre, que siente cómo se levanta su deseo bajo el amplio pantalón de lino.

Un poco más adelante, el Hombre divisa un sicomoro en medio del llano. Se acerca hasta el mismo y no se percata de que sus sandalias polvorientas pisan sobre un reguero de lascas de madera y un dibujo de tierra trazado por una mano humana. Su deseo es buscar la sombra del árbol solitario, la alargada sombra que ahora se proyecta hacia el este.

Ya cobijado del sol, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, hurga en uno de los faldones de las alforjas y recoge en una mano los pocos granos de maíz que le quedan y que arroja de mala gana a las dos cabras que ha atado al tronco del sicomoro. Mientras come un trozo de queso sudado y unos pistachos que ha sacado del otro faldón de la alforja, mira hacia la fronda del árbol y decide que, antes de emprender de nuevo el camino, le regalará unos higos al par de inquietos animales, que no dejan de tratar de alcanzar las ramas bajas del árbol, apoyando sus duras pezuñas en el tronco del mismo.

Cuando el Hombre llega, por fin, a la puerta de la casa de adobe y techo de palma, los habitantes de la vivienda lo están esperando ya a la puerta, conocedores de los horarios del tren, ese medio de locomoción, esa máquina

impasible que para los padres constituye, en este momento, un bendito regalo y que para la hija se habrá de convertir, dentro de muy poco, en un desgarró irreparable.

El Hombre deposita la maleta en el suelo, junta las manos y hace una inclinación de cabeza. Las cabras tiran de las cuerdas y le descomponen el saludo. La Niña, que estaba medio oculta detrás del cuerpo de la Madre, no puede reprimir una risa fugaz. El Hombre se le queda mirando, le observa el círculo negro de la frente, que hace juego con sus ojos. Luego entran en la casa. El Hombre anuncia que debe coger el último tren de la tarde, que sólo tiene tiempo de beber un té, que no deben preocuparse por la Niña, que él la tratará como es debido, que dejará que siga yendo a la escuela y que ya recibirán noticias suyas para concertar el día de la boda. Mientras dice todo esto, la Madre ha puesto agua a hervir en un infiernillo de gas. El Hombre mira a la Niña y le coge la barbilla con su mano sudorosa y áspera. Un nuevo temblor recorre su entrepierna. Bajo la barba enmarañada y sucia, asoman unos dientes asimétricos y descuidados. La Niña no retira el rostro, advertida como está por su Madre y amenazada por el Padre, que le ha pedido que obedezca al Hombre que le dará seguridad y descendencia. El Hombre mira ahora al Padre y asiente con la cabeza. A continuación, saca la cartera de piel del bolsillo de la camisa, cuenta unos billetes con parsimonia y los entrega al Padre. Tras guardar el dinero en un bolsillo del pantalón, el Padre junta las manos y baja la cabeza. El Hombre responde al saludo y luego se inclina sobre la maleta y la abre. Saca un hermoso sari de color azafrán, que extiende en el aire y después coloca a la altura de los hombros de la Niña. La Niña coge la prenda entre sus manos sin saber qué hacer con ella, mientras el Hombre

vuelve a inclinarse y sacar de la maleta un nuevo envoltorio de papel, del que emerge otro sari de mayor tamaño y color fucsia, que el Hombre coloca a la altura de los hombros de la Madre, repitiendo el mismo ritual. La Madre junta las manos e inclina la cabeza. Por último, el Hombre saca un rebusco de papel de periódico de una esquina de la maleta, lo deshace y extrae del interior un anillo de plata que lleva grabado en la parte superior una flor de loto. Entrega el anillo al Padre y se gira hacia la Niña. Le pide un beso en la mejilla. La Madre asiente. La Niña mira al Padre, que asiente, también. La Niña deposita un leve ósculo en el pómulo tostado del Hombre. Luego llega el remanso del té, que relaja la tensión contenida que se está viviendo en la casa. Hay unos breves diálogos entre las tres personas adultas. Todo está hablado de antemano, así que sobran las palabras. Finalmente, el Hombre ha tomado de manos de la Madre el hatillo que contiene las prendas personales de la Niña y lo ha guardado en la maleta. Ya a la puerta de la casa, y tras los abrazos pertinentes, el Hombre le dice a la Niña que coja la maleta y la siga, que tienen el tiempo justo para coger el último tren de la tarde. Tras andar unos metros, la Niña vuelve la cabeza y ve a los padres abrazados a la puerta de la casa y a las dos cabras que mordisquean las azaleas anaranjadas del arriate, ese diminuto vergel que ella ha cuidado, hasta hoy, con tanto primor.

A medida que avanzan por el llano, la Niña va sintiendo el peso de la maleta en sus hombros y el calor del sol en su rostro. Se pregunta por qué ese desconocido que avanza unos metros por delante de ella, a grandes zancadas, como habitado de una urgencia inconfesada, no le ayuda con la maleta; se pregunta si ese desconocido que la precede la dejará ir a la escuela como ha prometido a sus padres. El Hombre, en cambio, no se hace preguntas, el

Hombre sólo tiene sensaciones. El Hombre es esclavo de la excitación que lo va colonizando a medida que transcurren los minutos. El Hombre solo siente un deseo irrefrenable de llegar a la estación del ferrocarril, de subir al tren que lo llevará a la ciudad, y luego recorrer el camino que lo retornará al hogar. Si alguna pregunta transita la mente enfebrecida del Hombre es si cederá a la pasión antes de llegar a su casa, si su ardiente deseo no se derramará en el camino, en la hora bruja del ocaso, cuando el calor disminuya y la Niña le pida que descansen un rato, que está extenuada. Y el Hombre se verá inmerso en esa encrucijada de atender la voz primigenia, la voz del oso cavernario, la voz del mono ancestral que habita en cada ser humano o refrenar sus ansias hasta el tálamo presentido. Mas ni el Hombre exacerbado ni la Niña temerosa serán conscientes de que hay un Muchacho agazapado en la espesura, un Muchacho que ha decidido por ellos dos, un Muchacho que habrá de resolver la encrucijada a la que el destino pareciera haberles abocado, un Muchacho que aguarda al borde del camino a que se haga de noche, un Muchacho que no deja de sacar punta a un palo que es como una lanza, un Muchacho que empuña una navaja que no deja de moverse arriba y abajo, una navaja que terminará reflejando el brillo de plata de la luna, el brillo de la verdad que resplandece en medio de la oscuridad del mal, el brillo del anhelo que palpita en su corazón, que cimbre sus recuerdos de la Niña junto al pozo comunal, de la Niña que escondía la sonrisa de la miradas inquisitivas de las mujeres aguadoras, de la Niña que desea, más que otra cosa en este mundo, seguir yendo a la escuela y llegar un día a ser maestra.